

**Pistolas, carnavales y pronunciamientos:
Baroja y las rebeliones sociales de los
años veinte y treinta:
El Cabo de las tormentas (1932)**

Andreu Navarra Ordoño*

**RESUMEN
LABURPENA
ABSTRACT**

El trabajo estudia la relación de Pío Baroja con acontecimientos históricos que noveliza en los cinco libros que forman el volumen *El cabo de las tormentas* (1932): la Dictadura de Primo de Rivera (1923-19129), el anarquismo y el sindicalismo catalanes y la represión de Martínez Anido (1919-1922), la hegemonía de la Lliga Regionalista en Barcelona (1901-1923), los gobiernos Berenguer y Aznar, el regionalismo vasco, la insurrección republicana de Jaca (1930) y el advenimiento de la Segunda República (1931). A través de las cinco narraciones del libro, se desgranán las opiniones barojianas sobre todas estas cuestiones de la historia más reciente.

El cabo de las tormentas (Ekaitzen lurmuturra) (1932) liburua osatzen duten bost liburuetan jasotako gertaera historikoen —Primo de Riveraren diktadura (1923-19129), Kataluniako anarkismoa eta sindikalismoa eta Martínez Anidoren errepresioa (1919-1922), Lliga Regionalistak Bartzelonan zuen nagusitasuna (1901-1923), Berenguerren eta Aznarren gobernuak, euskal erregionalismoa, Jakako matxinada errepublikanoa (1930) eta Bigarren Errepublikaren etorrera (1931)— eta Barojaren arteko harremana aztertzen du lanak. Liburuko bost kontakizunetan barrena, azkenaldiko historiaren gai horiei guztiei buruz Barojak zeuzkan iritzia azaltzen dira.

This article studies the connection between Pío Baroja and the historical events he used in the five books of *El cabo de las tormentas* (1932): the Primo de Rivera dictatorship (1923-19129), Catalan anarchism and unionisation and repression under Martínez Anido (1919-1922), the hegemony of Lliga Regionalista in Barcelona (1901-1923), the governments of Berenguer and Aznar, Basque regionalism, the Republican insurrection in Jaca (1930) and the advent of the Second Republic (1931). Through the book's five stories, the article unravels the opinions of Pío Baroja regarding these events in recent history.

**PALABRAS CLAVE
GAKO-HITZAK
KEY WORDS**

Baroja, Fermín Galán, Martínez Anido, Segunda República, Pistolerismo.
Baroja, Fermín Galán, Martínez Anido, Bigarren Errepublika, Pistolerismoa.
Baroja, Fermín Galán, Martínez Anido, Second Republic, Gun law.

* Universitat
Autònoma de
Barcelona

Fecha de recepción/Harrera data: 21/09/2011
Fecha de aceptación/Onartze data: 21/02/2013

El cabo de las tormentas reúne cinco pequeñas novelas donde se demuestra que el interés de Pío Baroja por el anarquismo, la vida de los barrios bajos y la revolución no se limitó a las tres novelas de *La lucha por la vida: La Busca, Mala Hierba y Aurora Roja*, publicadas en 1904. Las cinco narraciones, inspiradas en su estructura por los *Episodios Nacionales* de Galdós y las historietas de Alarcón, aparecen unidas por un débil nexo (los personajes Miguel y Anita, más el doctor Arizmendi y Fermín Acha, personajes que vagabundean por lo ancho y alto de España y a través de los cuales Baroja va expresando sus opiniones sobre la actualidad política), excepto la cuarta narración, que está como desgajada del resto y se adscribe, más que a la novela típicamente barojiana de vagabundeo, al género policíaco¹. No es la única de las novelas barojianas formadas por relatos autónomos: *La familia de Errotacho* o *Locuras de Carnaval* también presentan una estructura similar.

La primera de las narraciones, *Bautista el sublevado*, tiene como objeto describir con todo lujo de detalles el alzamiento republicano de la guarnición de Jaca, producido el 12 de diciembre de 1930. Nuestro autor, que admiraba profundamente a los militares populares románticos, intenta reproducir el tratamiento estético del que se había valido en sus novelas históricas sobre las guerras españolas de inicios del siglo XIX. Pero parece que pronto se da cuenta de que él mismo vive en una época algo apocada, y que no pueden compararse, en voluntad de poder, un Aviraneta o un Santa Cruz con Fermín Galán y García Hernández, los mártires de la insurrección de Jaca: “¡Lo que hubiera hecho un Mina o un Zumalacárregui con un pueblo así, con sus cañones y sus fuertes, sus ochocientos soldados y sus cuatrocientos o quinientos paisanos en armas!” (Baroja, 1932 : 58). La insurrección republicana de Jaca, pese a ofrecer un indudable interés, no deja de ser una asonada débil y como de opereta ante los conflictos protagonizados por republicanos y carlistas contra el sistema liberal del siglo anterior. Esto se demuestra con la ineptitud militar del pobre Galán, presentado como un doctrinario sin sentido real de lo que estaba manejando. Desde este punto de vista, la marcha a Huesca de los sublevados, durante la cual fueron dispersados fácilmente por el ejército, representa un gravísimo error de estrategia que ningún militar experimentado hubiera cometido. Si los sublevados hubieran quedado acuartelados en las plazas fuertes de Jaca, casi inex-

1 Para trazar un marco teórico adecuado a la hora de comprender la significación del relato breve para los escritores de la promoción finisecular, y para estudiar en particular las novelas cortas de Baroja, es muy útil la introducción al volumen *Cuentos de amor y muerte*, en el que Jesús Gálvez recoge todo lo que se ha venido diciendo sobre el tema desde los años 60 y pone orden en los frecuentes trasvases y reediciones de narraciones barojianas. En este trabajo leemos: “Estos relatos breves de principios del XX se caracterizan generalmente por su doble conexión con el cuento y la novela. En una gran mayoría de esos relatos se desarrollan temas propios de novela pero con la mirada “narrativa” del escritor puesta en el cuento” (Gálvez, 1998 : 7-8).

pugnables, hubieran tenido mucho que decir. Sin embargo, casi puede afirmarse que se entregan para que Alfonso XIII, por encima del criterio del general Berenguer y sus ministros, más inclinados al perdón, los fusile. Alfonso XIII siempre es criticado con fiereza por Baroja, no por el hecho de ser rey, sino por ser un rey tonto, rapaz y sin sentido de la grandeza. Al final de la narración, Baroja diserta a través de sus personajes sobre el héroe y el heroísmo, glosando las palabras de Baltasar Gracián y concluyendo que, para que exista un héroe, es más necesario el fanatismo y el impulso instintivo que otros factores como el talento o la formación intelectual.

La segunda de las narraciones, *El contagio*, crónica muy bien documentada de lo que fueron el anarquismo y el pistolero catalanes, es un texto imprescindible a la hora de valorar la difícil relación que sostuvo siempre el novelista vasco con los catalanes y sus intelectuales. El breve relato que le sigue, *La protección del Negre*, es una segunda parte del anterior en la que un sacerdote explica un caso de altruismo singular protagonizado por un matón catalán que apadrina a un niño abandonado, convirtiéndose en la castiza figura del delincuente honrado.

Para orientarnos con antecedentes, debemos resumir lo dicho por Baroja en textos anteriores dedicados a Cataluña, como la conferencia del 25 de marzo de 1910, leída en la Casa del Pueblo de Barcelona, una conferencia titulada *Divagaciones acerca de Barcelona*, cuyo tema central es la valoración del catalanismo. Este texto, reunido junto con otras tres conferencias en el volumen *Divagaciones apasionadas* (1924), debe considerarse el punto central de referencia a la hora de analizar las opiniones que el movimiento nacionalista fue despertando en el autor de *El árbol de la ciencia*, aunque no fuera la primera vez que tratara el tema².

Pero quizá las afirmaciones “aberrantes” (el adjetivo es de Adolfo Sotelo) vertidas en el artículo *El problema catalán. La influencia judía* (*El Mundo*, 15 de noviembre de 1907) no sean, por su carácter humorístico e insultante, una buena base para tratar de comprender cómo sintió Baroja a Cataluña y a los catalanes, aunque el prejuicio antisemita se conservara en argumentaciones posteriores. El hecho es que ese desafortunado artículo mediatizó desde el principio (como no podía ser de otro modo) una mala relación que se extendió a lo largo de tres décadas de desencuentro.

2 Para ampliar la información sobre el anticatalanismo barojiano puede consultarse mi capítulo “Pío Baroja y el catalanismo”, en *La región sospechosa. La dialéctica hispanocatalana entre 1875 y 1939*, Bellaterra, Servei de Publicacions de la UAB, pp.135-139.

Esta crítica barojiana es de clase. Nuestro autor trata de ponerse al lado de los obreros pobres y los inmigrantes al considerar que son los elementos catalanes acaudalados los responsables de los males sociales que se respiran en Barcelona. El 11 noviembre de 1931 apareció en el periódico *El Sol* una entrevista a Baroja realizada por Francisco Lucientes, en la que le preguntaba cómo había visto la capital catalana. Nuestro autor respondió: “Por cierto que no vi ese separatismo que dicen. La gente habla menos catalán que nunca; el pueblo, poco; (...) la gente vive muy preocupada por las cuestiones económicas. Por el Estatuto, poco..., muy poco. Yo creo que el Estatuto quedará en nada. Madrid seguirá mandando. Siempre ha ocurrido eso...” Durante la entrevista, Baroja va mofándose de todas las novedades que ha de ir trayendo la República, restándoles importancia, desconfiando de que realmente comporten un cambio de mentalidad. Macià le parece un “delirante”, el divorcio impracticable en un país pobre, la política anticlerical una medida inocua y el Estatuto vasco un invento de abogadillos.

Por lo tanto, todo nos conduce a pensar que en nuestro autor hay que distinguir la rivalidad política (que le lleva a afirmar las máximas groserías como recurso cómico y propagandístico) de su verdadera apreciación subjetiva de los intelectuales y políticos catalanes juzgados. La cuestión es provocar, aparentar que se derrumban las barreras de la tradición y la cortesía para salvaguardar el escepticismo. El novelista vasco se había adherido al Partido Radical en otoño de 1909, abandonando la formación dos años después al parecerle que su líder, Alejandro Lerroux, estaba aburguesando al partido y lo estaba alejando de las bases catalanas espontáneamente revolucionarias.

En *El contagio*, la segunda de las cinco *nouvelles* que forman el libro *El cabo de las tormentas* (1932), está fechada en Barcelona en noviembre de 1931. Durante ese año, nuestro novelista viajó a Barcelona y llevó a cabo una auténtica labor de documentalista reuniendo información sobre el anarquismo catalán y el fenómeno del pistolero³. En esas páginas comprendemos que, más que horror a Cataluña, lo que sentía Baroja era odio contra Cambó y la Lliga Regionalista, el partido que más rivalizaba con el de Lerroux. Este desprecio se hace especialmente evidente cuando el autor vincula de una forma totalmente explícita a

3 Resulta muy ilustrativo comparar la tarea de documentación llevada a cabo por Baroja con una de las últimas aportaciones historiográficas sobre el tema de la violencia social barcelonesa: *El pistolero. Barcelona (1917-1923)*, de Albert Balcells (Barcelona, Pòrtic, 2009). Un primera conclusión aproximativa es que Baroja maneja información generalmente veraz pero se abandona a no pocas exageraciones para dar un aspecto más expresionista e indignado a su relato, poniendo, por ejemplo, el acento sobre las conductas sexuales y otras extravagancias de los cargos públicos y refiriendo en primer plano no pocas anécdotas macabras, fiel a su estilo de siempre.

los políticos ligeros con la gentuza armada que defiende sus intereses de clase, la mafia organizada por Martínez Anido: “Hubo un tiempo en que había pistoleros de todas clases: del Sindicato Libre, del Sindicato Único, del Somatén y de la Liga Catalanista” (Baroja, 1932 : 109). ¿Permanecía en la mente del escritor la célebre fotografía de Cambó enarbolando un fusil para unirse al Somatén durante los disturbios de 1909? Como fuere, la imagen que desea transmitir nuestro autor es la de una burguesía apoltronada y corrupta que no sólo acepta sino que estimula y aplaude la guerra sucia del gobernador civil y sus secuaces contra la clase trabajadora.

En 1920, el gabinete Dato nombró al general Martínez Anido gobernador civil de Barcelona, en sustitución de Carles Bas, un hombre que había resultado desbordado por la escalada creciente de violencia social desencadenada por las calles de Barcelona. Todo el mundo se dio cuenta, antes incluso de que el antiguo gobernador militar empezara a actuar, de que se avecinaba una etapa de intensa represión del movimiento obrero. 60 dirigentes de la CNT fueron encarcelados casi inmediatamente. Los dirigentes de izquierda más implicados en el apoyo al anarcosindicalismo eran también con frecuencia destacados catalanistas: era el caso de Lluís Companys, que fue detenido el 27 de noviembre en la misma cárcel Modelo, adonde había acudido para entrevistarse con su defendido, Salvador Seguí. Martínez Anido decidió el día 30 deportar a los presos a la cárcel de La Mola de Menorca. En Maó, los deportados se enteraron de que Francesc Layret había sido abatido a tiros cuando salía de su casa para encontrarse con el alcalde, tras haberse entrevistado con la esposa de Companys.

El cargo lo ostentó dos años, habiéndose sucedido cuatro gobiernos distintos en Madrid, lo cual equivale a decir que desde muy distintos puntos de vista gubernamentales la guerra sucia desarrollada en Barcelona contaba con el beneplácito oficial. En el contexto de la agonía de la Restauración, gobernaron entre 1920 y 1921 Manuel Allendesalazar, Eduardo Dato, Gabino Bugallal y Antonio Maura.

La historiografía ha dejado relativamente pocos testimonios de Martínez Anido como personaje digno de atención. En 1931, Pío Baroja se sintió fuertemente atraído por la personalidad del represor y por esta razón es Martínez Anido el verdadero protagonista de *El contagio*. Si los historiadores recurren a veces a Galdós para ilustrar algún detalle de la Guerra de la Independencia, de la de Marruecos o de la Primera República, ¿por qué deberíamos dejar en el olvido la magnífica crónica barojiana? Aunque es evidente que incurre en no pocas exageraciones, lo cierto es que incluye una serie de retratos caricaturescos impagables:

El general don Severiano, bajo, achaparrado, rojizo, con su aire sombrío, verdaderamente de verdugo, presentaba un exterior poco tranquilizador: tenía la

cabeza gruesa, el pelo al rape, los brazos cortos, las manos cuadradas. Torpe en el hablar, con los ojos turbios detrás de los lentes, no prometía nada bueno. Era el *bull-dog* de la Monarquía. (Baroja, 1932 : 82)

Y acerca de su carácter:

Tiene el valor de los verdugos, es frío y al mismo tiempo impulsivo. Parece que el ministerio de la Gobernación, donde ahora vive, está defendido con pasillos estratégicos y rincones, en los que hay algún guardia o algún perro de presa del Sindicato Libre de Barcelona que lleva sobre las espaldas diez o doce asesinatos. (...) Yo creo que Anido es un hombre mediocre, que se cree un intelectual (...) Sabe medianamente el francés, el inglés y el italiano. Cree en su misión. Él es la Providencia, el protector, el salvador de los buenos; lo cierto es que la burguesía de Barcelona le ha adorado. Anido, probablemente, cree, como Primo de Rivera, que los profesores e intelectuales usurpan una posición y un prestigio que no les corresponde. Quiere creer que ellos, los militares, son militares verdaderos: César, Napoleón, Anido, Primo de Rivera. (Baroja, 1932 : 85)

El general Arlegui, jefe de la policía barcelonesa durante el mandato de Anido y su brazo ejecutor directo, no queda mejor parado, y se le considera el organizador de una auténtica mafia sangrienta:

Arlegui era un hombre zafio, torpe, endiosado; el sargento de la Guardia Civil llevado a un alto cargo. Hablaba siempre echándose de bravucón y haciendo referencia a la virilidad de los hombres. En el fondo era un gallina; pusilánime y cobarde. Don Severiano es algo más interesante. Arlegui era un hombre sombrío, asustadizo, neurasténico, enfermo del estómago, del corazón y de los nervios. Anido, no. Este gallego es como un animal de una fauna extraña. Anido siempre duerme en los banquetes. Yo he estado a su lado en varios de éstos. Entre sueño y sueño habla de todo y da sus opiniones, que la mayoría de las veces son disparatadas, perfectas majaderías. (Baroja, 1932: 87)

En otro lugar carga las tintas con detalles aún más oscuros. Baroja acusa a Anido, al que llama “sátiro orangutanesco”, de abusar de las mujeres de los detenidos y de ordenar la ejecución sumaria de éstos una vez satisfechos sus impulsos sexuales. El objetivo es apuntalar la ideología radical del escritor, que simpatiza en el texto con las víctimas de los carniceros oficiales, Anido y su colaborador Arlegui, y con los obreros pacíficos que son atropellados por la escalada armada barcelonesa. Uno de los problemas de Baroja consiste en enmascarar sus propios ideales, un poco más allá del fiero escepticismo. Es este obrero laborioso y ajeno al misticismo el que despierta sus elogios. Tras las descripciones de los jefes represores, apenas humanos, Baroja saca a desfilar a los matones de base, atrabiliarios y descontrolados, principalmente Bravo Portillo, Juan Carratalá y Fritz Stallman, alias el Barón de Köenig, o Koenning, o Kles, auténticos asesinos profesionales vinculados a todo tipo de trapicheos y espionajes.

Es *Silencio*, el cuarto de los libros reunidos en *El cabo de las tormentas*, la narración más independiente del conjunto, aunque por su tema pueda llegar a comprenderse que Baroja la situara entre novelas que hablan de la agitación obrera y republicana en Aragón y Cataluña. En *Silencio*, el padre Ugarte, un jesuita con aficiones científicas, recibe el encargo de investigar si unos presos han cometido un horrible crimen en el caserío de Benzaima. La cuestión es que los elementos pudientes y católicos de la provincia han enarbolado la bandera de la inocencia de los imputados, además de acusar al fiscal de haber arrancado las confesiones bajo tortura. Ugarte interroga al capellán de la cárcel, al médico y a diversos testigos y aldeanos, y obtiene la seguridad de que los encausados son culpables. Sin embargo, la protección de los poderosos logra que el juez absuelva a los presos y los deje en libertad. Los crímenes, pues, quedan impunes por la influencia de un puñado de mujeres católicas. Y nadie protesta, ni siquiera quienes habían gritado que saldrían a la calle en caso de que triunfara la causa de la absolución. Al final, se cita el himno vasco donde se afirma que Ignacio de Loyola garantiza la paz de los vascos, lo cual equivale a afirmar que mientras en Euskadi el estado de cosas, el monopolio de la Iglesia católica y sus defensores, no varía a través de los tiempos, en otros lugares (en Jaca, en Madrid, en Barcelona) las cosas cambian gracias a una verdadera agitación obrera y republicana.

Ahora bien, ¿le son simpáticas a Baroja las figuras de Galán y García Hernández, los impulsores del levantamiento aragonés, y las de los sindicalistas catalanes y las de los políticos de la Segunda República?

Félix Bello Vázquez, en su libro *El pensamiento social y político de Pío Baroja* (1990), nos ofrece una selección de los párrafos del escritor que nos sirven para comprender qué clase de oposición inspira a Baroja el Republicanismo. En uno de sus comentarios, Bello escribe:

Parece claro que, a mediados de la segunda década, Baroja ya no creía que el partido republicano fuera capaz de rehabilitar al país; lo consideraba como una forma política caduca. Y, como veremos, presintió una caída inminente y estrepitosa de la República, cuando, años más tarde, llegó a implantarse en España. (Bello, 1990: 142)

El libro de Bello tiene como virtudes el orden y la meticulosidad con la cual se clasifican las opiniones barojianas; sin embargo, en este caso quizá hubiera podido precisarse más al utilizarse el término “partido republicano”, puesto que el republicanismo era un movimiento sumamente plural y podía haberse referido tanto al partido federalista, ya muy debilitado, de Pi i Arsuaga, el hijo de Pi i Margall, al Partido Radical de Lerroux, centralista, en el cual militó Baroja entre 1909 y 1911, o al Comité Revolucionario de Madrid organizado durante los gobiernos Berenguer y Aznar una vez dimitido Primo de Rivera.

El libro quinto, *Margot y sus pretendientes*, es la crónica vivida de la llegada de la Segunda República en Madrid, entremezclada con una sabrosa peripecia de amor protagonizada por Margot, una chica moderna que se opone al tipo tradicional de Anita. Con este relato completa el autor su pequeño mosaico de las luchas sociales españolas entre 1923 y 1932.

Esta Margot tiene un novio, Carlos, que se proclama comunista. Es un chico bienintencionado y de cierto talento, pero que resulta totalmente pedantesco. Al final, Margot desecha a sus dos pretendientes de ciudad, el médico Carlos y el anémico marquesito Roberto, para casarse con un impetuoso aldeano de Azkaine, sano e inculto, un antiguo amor de infancia. La moraleja es evidente: en Madrid se cocinan las más diversas teorías políticas y formas de vida, que nada tienen que ver con el desarrollo natural de la vida y los instintos humanos. El comunismo de Carlos es una “pedantería”, como lo son también el republicanismo adocenado español, calificado de “flatulencias del Ateneo”.

En un artículo anterior (Navarra, 2011) he analizado la crítica barojiana al comunismo y a las doctrinas de Lenin. Para nuestro autor, cualquier revolución que va de arriba a abajo y que no se funda en el instinto primordial del pueblo, es un error histórico, pues a una ideología elitista le sigue otra que convierte a la anterior en un fósil ideológico. Hemos hablado ya del obrero laborioso que, poco a poco, evitando conspirar, como el Manuel Alcázar de *La lucha por la vida*, va construyéndose a sí mismo hasta convertirse en un propietario pequeñoburgués. Ahora bien, este obrero sufrido tiene derecho también a levantarse, pero sólo es legítima su furia si actúa en caliente. En ningún caso justifica Baroja que se conspire, que se actúe en la sombra. Este *preparar la revolución* es lo que le parece bajo y plebeyo. El obrero debe trabajar y no hacer de la revolución su oficio, y en todo caso levantarse si la situación es verdaderamente insostenible.

Por lo que respecta a los gobiernos, parece que Baroja se decanta por los gobiernos fuertes que sepan imponer el Progreso desde arriba, sin mostrar debilidad. En una entrevista publicada por Juan Aparicio en el primer número de *La Conquista del Estado* (14 de marzo de 1931), Baroja recordaba esos discursos radicales: “Hace veinte años hablé yo como radical en un mitin de la calle de Atocha, y dije, como hubiera dicho ahora, que no era apenas republicano, que era partidario de una dictadura centralista y de carácter social. Me sisearon. Luego habló el terrible socialista García Cortés elogiando el federalismo y la democracia, y fue ovacionado y ensalzado. ¡Qué hombre!, decían todos. Hoy este señor forma en las puras huestes del conde de Romanones”. En *El cabo de las tormentas*, preguntado Fermín Acha acerca de su opinión sobre la quema de conventos en Madrid (mayo de 1931), éste responde que la creería útil si la limitaran los dirigentes republicanos actualmente

en el poder. Generalmente es Fermín Acha el depositario de la voz del autor. Por lo tanto, la sangre por la sangre y el anticlericalismo sin doctrina de fondo tampoco parecen ser opciones demasiado convincentes.

En *Rapsodias* (1936) leemos: “Nuestros republicanos, unidos a los socialistas, han amenazado y no han dado; han dicho que van a hacer, y no han hecho nada, con lo cual han conseguido que los capitalistas estén asustados y los obreros exasperados”. El análisis barojiano es clarividente: resulta imprudente, como hicieron Araquistáin y Largo Caballero a partir de 1933, andar pregonando una revolución radical que, por otra parte, no se está preparando. De esta forma se estimulan los ánimos antisistema sin que el progreso se vea precisamente beneficiado de ello. De esa polarización nacería la división final que conduciría a la guerra civil. Para evitarla se debería haber coordinado un movimiento *realmente* revolucionario que hubiera desarmado a las clases conservadoras. Para Baroja, o se cree en la Revolución o no se cree, se derrama sangre o no se derrama, y en ningún caso es válido quedarse en los meros discursos decorativos para que todo continúe básicamente igual.

Pero, como es frecuente en Baroja, el despropósito debe completar nuestra explicación de sus opiniones políticas. En un artículo del 1 de septiembre 1936, es decir, ya en plena guerra civil, Baroja escribió en el periódico *Diario de Navarra* que detrás de la República veía a “los judíos de Moscú”. Le debemos el dato a Eduardo Gil Bera (2001), cuya biografía nos aporta también otras pruebas del distanciamiento entre Baroja y la República. Cuando Azaña viajó a San Sebastián en agosto de 1930 para firmar oralmente los famosos Pactos de San Sebastián, que significaron el esquema jurídico de lo que debería ser la Segunda República, don Pío decidió no recibir a Azaña en Vera (sí lo hicieron Carmen y Ricardo Baroja) y marcharse en tren a Santesteban. Curiosamente, Gil Bera considera la trilogía de *La selva oscura*, en la cual figura *El cabo de las tormentas*, de forma totalmente negativa:

Durante aquellos primeros meses de la República en que no escribió en la prensa, redactó la trilogía *La selva oscura*, un memorándum ya detritico, con repeticiones y refritos, donde habla de cosas con presunción de contemporaneidad, pero manidas y pretéritas, por gracia de su recurso de mirar desde fuera y sólo verse a sí mismo, yéndose. “Siempre he tenido entusiasmo por lo que huye”, confesó en *Juventud, egolatría*. (Gil Bera, 2001 : 336)

De ningún modo compartimos este juicio de la trilogía barojiana. Gil Bera se vale de la ideología antidemócrata de Baroja para contagiar de su rechazo a cuestiones estrictamente literarias, sin profundizar ni en el estilo del autor ni en la forma que sabe dar a los acontecimientos históricos. Como hemos dicho al principio, Baroja, en el caso de *El cabo de las tormentas*, quiso emular los episodios decimonónicos de Galdós y darles un aire de farándula expresionista. Por lo tanto, el aire avejentado

de esta prosa es buscado, es un recurso estilístico como el expresionismo de Valle-Inclán. El desprecio barojiano por el populacho le conduce a considerar los actos festivos de la proclamación de la República como un oscuro carnaval de chulos, prostitutas y elementos barriobajeros que hubieran aplaudido igualmente un desfile del Rey. Si consideráramos este desprecio como un motivo de censura crítica, deberían caer también las crónicas de Rubén Darío y las propias novelas de Valle. No deja de ser una opción.

Gil Bera parece olvidar lo evidente para que Baroja nos parezca un ser humano despreciable. Lo evidente es que Baroja, como todo gran novelista, destilaba la materia histórica para adaptarla a su sistema estético. Pero si, además, no hubiera sido Baroja un gran escritor, ni siquiera Gil Bera hubiera escrito su biografía, porque Baroja no habría pasado de ser un médico de aldea o un empresario panadero rodeado de ilustres parientes, o uno más entre las decenas de narradores mediocres de la época. Como guía biográfica e intelectual del autor vasco es mucho más fiable el libro *Pío Baroja, a escena*, de Miguel Sánchez-Ostiz (Madrid, Espasa-Calpe, 2006), seguramente porque sustituye esa extraña inquina de Gil Bera por el absoluto rigor documental y la mirada interpretativa. En el libro de Sánchez-Ostiz hay un capítulo dedicado a la trilogía de *La selva oscura*:

La trilogía es un buen ejemplo de lo que era para Baroja novelar unos acontecimientos históricos que, encima, están próximos a los lectores. La pasión barojiana por las cosas, ya sean las que él llamaba, con peculiar gracejo, “del tiempo”, o las cosas en general, es contagiosa. El mejor Baroja. Y esas novelas, como crónica de un tiempo, tienen un gran valor. (Sánchez-Ostiz, 2006 : 258).

Existe una diferencia fundamental entre las ideas de Baroja y las de otro escritor vasco de la generación del 98, José María Salaverría, que también dedicó un libro al advenimiento de la Segunda República. En *El instante dramático* (1934), Salaverría se pregunta por qué las fuerzas armadas no dispararon contra el populacho que derribó las estatuas de Isabel II y Felipe III, faltando a su deber de contener a las masas. Ésa es la doctrina puramente reaccionaria: el Estado debería haber combatido violentamente a la República, disparando contra los entusiasmos manifestantes de Madrid. En cambio, en *Los pretendientes de Margot*, Baroja destaca en varios pasajes, y elogia implícitamente, la actitud de los soldados y guardias civiles que se muestran indiferentes ante las provocaciones de los exaltados.

Hemos aludido ya a la entrevista que Juan Aparicio realizó a Baroja exactamente un mes antes de la promulgación de la Segunda República, y que vio la luz en el primer número del órgano nacional-sindicalista de Ramiro Ledesma Ramos: *La Conquista del Estado*, el 14 de marzo

de 1931. Respondiendo a la pregunta “¿Usted pone alguna esperanza en la República?”, Baroja respondía que “Distingamos. Yo nunca he sido entusiasta de la república burguesa; siempre he hablado de ella con poca simpatía. Tampoco tengo fe en el Parlamento y en la palabrería de los abogados; raza para mí antipática y despreciable”. A propósito de Fermín Galán, nuestro autor comenta que “Por ahí van divulgando algunos militares comprometidos que Galán fue un hombre imprudente, un loco. Sí que fue un hombre de acción. Desde muchos años – aseguran- se conspiraba en los cuarteles. Hasta él, no se había atrevido nadie a dar la cara.” Aparicio le pregunta entonces a Baroja por la actividad militar y republicana de la capital. La respuesta no puede dejar de sorprendernos: “Farsa. Farsa. Supuse que Franco haría algo atrevido. Fui, como curioso, al cuartel de la Montaña. Un señor jefe, sobre un caballo, caracoleaba, arrogante. Unos soldados tomaban posiciones en los jardinillos. Ya lo sabe usted: no ocurrió nada”. Y como plan de acción (recordémoslo: un mes antes del 14 de abril), Baroja proponía: “Para mí el único plan es estar al acecho. Tal vez un remedio heroico fuera el de purificar el Ejército, limpiarlo, hacer de él algo así como un ejército rojo. Con el otro Ejército y con la pulcritud de los republicanos, la República, de proclamarse, sería de opereta. Discursos en el Parlamento y cuarteladas de generales”. Por esta razón no puede hacer otra cosa que sorprendernos Azorín cuando, en su falsa reseña de *La familia de Errotacho* y *El cabo de las tormentas*,⁴ y ahora explicaremos por qué la calificamos de “falsa”, el crítico termina su crónica con las siguientes palabras:

Contra la fúnebre y enervante España, lo repetiremos, ha combatido la Generación de 1898. Contra la superstición que se complace en lo fúnebre, contra la ignorancia que alienta la barbarie. La República es el lógico epílogo de la generación de 1898. Un epílogo que es, a la par, un espléndido prólogo. Prólogo en tanto que sea una República progresiva y no retardataria, desarraigadora de la superstición y de la ignorancia y no continuadora de una España caduca. (Fuster, 2012 : 206)

El artículo de Azorín sólo menciona las nuevas novelas en las primeras frases. A partir de la cuarta, el texto se aparta completamente del análisis de las obras (que no se mencionarán más), y lo que hace Azorín es explicar qué fue la Generación del 98 y por qué debe considerársela el precedente inmediato de la Segunda República. Pero si Azorín nos hubiera proporcionado un análisis profundo de ambos libros hubiera tenido que informar al lector que Baroja más bien se colocaba *contra* la

4 La reseña se titulaba “1898” y apareció en *Luz: diario de la República*, el 26 de abril de 1932. Hoy es un texto de fácil acceso porque Francisco Fuster la recoge en su recopilación de ensayos azorinianos dedicados a su amigo Baroja: *Ante Baroja* (Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2012, pp.204-206).

República. No es que Baroja se haya convertido en un partidario de la España caduca, es que para Baroja la Segunda República no es más que otra farsa goyesca, otra mascarada necrófila y carnavalesca, es decir, más de lo mismo: tradición negra, algaradas grotescas, retrasos moral y material. Lo que pretende mostrar el vasco es que las rebeliones de los años treinta no son más que la actualización del motín bufo y castizo de los siglos anteriores.

Pero, claro, algo hubiera dejado de funcionar en la interpretación azoriniana. Hemos visto cómo la postura de Baroja era totalmente incompatible con la de otro compañero de promoción, Salaverría, que mostraba el sentir de la opinión más reaccionaria. Hemos visto también que no hay precisamente en *El cabo de las tormentas* el elogio de la República ilustrada que Azorín realizó en su artículo. Pero es que Baroja rechazaba hasta ser incluido en la nómina noventayochista.

Por lo tanto, su posición no puede ser clasificada según los patrones acostumbrados. Debe atenderse en todo momento a una voluntad manifiesta de ser independiente. Para conocer las opiniones barojianas hemos de zambullirnos en su prosa en busca de no pocas contradicciones que, situadas unas detrás de otras, no dejan de ofrecernos un amago de sistema, amorfo con frecuencia, siempre complejísimo y polémico, pero lleno también de momentos de luz.

BIBLIOGRAFIA

APARICIO, Juan, "Pío Baroja en la realidad de lo real", *La conquista del Estado*, Madrid, Núm.1, 14 de marzo de 1931.

BALCELLS, Albert, *El pistolerisme. Barcelona (1917-1923)*, Barcelona, Pòrtic, 2009.

BAROJA, Pío, *El cabo de las tormentas*, Madrid, Espasa-Calpe, 1932.

_, *Divagaciones apasionadas*, Madrid, Caro Raggio, 1924.

_, *La familia de Errotacho*, Madrid, Caro Raggio, 1974.

_, *Las horas solitarias*, Madrid, Caro Raggio, 1982.

_, *Rapsodias*, Madrid, Espasa-Calpe, 1936.

_, *Los visionarios*, Madrid, Caro Raggio, 1974.

BELLO, Félix, *El pensamiento social y político en Pío Baroja*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1990.

ELIZALDE, Ignacio, "El factor ideológico en las novelas barojianas", *Pío Baroja*, San Sebastián, Universidad de Deusto, 1988 (Actas de las III Jornadas Internacionales de Literatura, 11-15 de abril de 1988).

FUSTER, Francisco (ed.), *Ante Baroja*, Alicante, Publicaciones Universidad de Alicante, 2012.

GÁLVEZ YAGÜE, Jesús, "Pío Baroja y el relato breve", *Cuentos de amor y Muerte*, Libros Clan, 1998, pp.7-25.

GIL BERA, Eduardo, *Baroja o el miedo. Biografía no autorizada*, Barcelona, Península, 2001.

LUCIENTES, Francisco, "¿Cómo será España bajo la nueva Constitución? Pío Baroja la ve, poco más o menos, lo mismo que ahora. El Estatuto, los jesuitas, el divorcio, los enchufes, y los hombres de la República", *El Sol*, Madrid, 11 de noviembre de 1931, p.1.

NAVARRA ORDOÑO, Andreu, "Pío Baroja y Rusia", *Sancho el Sabio*, 34, 2011, pp.11-22.

_, "El instante dramático (1934) de José María Salaverría o cómo dismantelar una República recién nacida", *Letras de Deusto*, vol.39, nº124, Julio-Septiembre de 2009.

_, "Pío Baroja y el catalanismo", *La región sospechosa. La dialéctica hispanocatalana entre 1875 y 1939*, Bellaterra, Servei de Publicacions de la UAB, pp.135-139.

SALAVERRÍA, José María, *El instante dramático*, Madrid, Espasa-Calpe, 1934.

SÁNCHEZ-OSTIZ, Miguel, “La selva oscura”, *Pío Baroja, a escena*, Madrid, Espasa-Calpe, 2006, pp.258-263.

SOTELO, Adolfo, *Viajeros por Barcelona*, Barcelona, Planeta, 2003.